

María Zambrano

Hacia un saber sobre el alma

Introducción

de Juan Fernando Ortega Muñoz



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Esta edición reproduce la fijación del texto que hizo
D. Fernando Muñoz Vitoria en el Vol. I de las OO. CC.
de María Zambrano, 2016

Primera edición: 1987
Tercera edición: 2019
Segunda reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto
Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Fundación María Zambrano, 2016
© de la introducción: Juan Fernando Ortega Muñoz, 2019
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1987, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-9181-389-7
Depósito legal: M. 287-2019
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial,
envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Juan Fernando Ortega Muñoz
- Hacia un saber sobre el alma
- 31 Advertencia
- 35 Nota a la presente edición
- Ensayos
- 43 Hacia un saber sobre el alma
- 57 Por qué se escribe
- 67 Apuntes sobre el tiempo y la poesía
- 73 Poema y sistema
- 81 La metáfora del corazón (Fragmento)
- 93 La «Guía», forma del pensamiento
- 121 La vida en crisis
- 145 El freudismo, testimonio del hombre actual
- 171 Más sobre *La Ciudad de Dios*
- 179 La destrucción de la filosofía en Nietzsche
- 189 La Escuela de Alejandría
- 207 Lou Andreas Salomé: *Nietzsche*
- 211 Hoffmann: *Descartes*
- 217 Ante la *Introducción a la teoría de la ciencia*, de Fichte
- 229 Un libro de ética
- 235 Descartes y Husserl

Introducción

Como afirma la misma María Zambrano en la «Advertencia» de esta obra, «Los Ensayos que integran este volumen han sido publicados en diferentes revistas de España y América en un período de tiempo» que va desde 1933 hasta 1945.

En esta obra se apunta y vislumbra ya con evidente claridad el nuevo método de la filosofía de María Zambrano, que ella va a denominar «la razón poética», método inspirado sin duda en la filosofía de Aristóteles que había afirmado que la filosofía es la síntesis de intuición y razonamiento (*nous kai episteme*). Traducimos *nous* por «intuición», como acertadamente hace García Morente. María Zambrano reconoce que «en este libro se sigue la trayectoria, el nacimiento, de la razón poética».

Ya en el prólogo Zambrano nos refiere la indiscutible desavenencia que sentía con la concepción de la filosofía que dominaba en sus tiempos de estudiante, que le pre-

dispuso a abandonar sus estudios (con veintitrés años), pero que la súbita iluminación de las explicaciones de Zubiri sobre Aristóteles la determinó a seguir con sus estudios de Filosofía, según ella misma nos refiere en el prólogo.

En su obra se advierte la gran tarea erudita que nos muestra su estudio y conocimiento de los autores más importantes de la historia, que influyen en su pensamiento, de los cuales los más relevantes son, sin duda, Platón, Aristóteles –del que hay en su obra una indiscutible y dominante presencia–, Séneca, Plotino, san Agustín, Descartes, Spinoza, Nietzsche –al que sin embargo critica duramente, como vemos en el capítulo «La destrucción de la filosofía en Nietzsche», y cuyo extremismo, como ella misma nos dice, «le hizo recorrer hasta el final el proceso de destrucción de la filosofía»– o Husserl, y entre sus maestros sobre todo Ortega –al que siempre consideró su mentor–, Unamuno –al que no tuvo de profesor pero con el que su padre tenía amistad y por el que ella siempre sintió una profunda admiración–, Zubiri –al que sustituyó por un tiempo en su docencia en la Universidad de Madrid– y García Morente –al que no suele citar por haberse sentido por él defraudada en un examen que ella preparó especialmente y cuya calificación le decepcionó, pero cuyo método filosófico es muy próximo al empleado por María Zambrano–.

Yo entré en relación epistolar con María Zambrano en 1975 a través de un discípulo al que dirigí la tesis sobre ella –la primera tesis que se realizó sobre la filósofa veleña– y que le puso al tanto de mis publicaciones y trayectoria intelectual. Por eso ella me dice:

El itinerario que he seguido [me escribía el 23 de abril de 1981 desde Ginebra] difiere en algunos tramos del suyo. Me refiero sobre todo a lo «sagrado», decisivo objetiva y personalmente. «La transformación de lo sagrado en lo divino»... sin ello no me hubiera sido posible la «superación» del racionalismo que usted encuentra. En mí no hubiera sido posible el emerger de la «pasividad» en *sentido aristotélico*, solo que más amplio, incluyendo el padecer del sufrir la «impavidez» (en lugar de la «impasibilidad» tradicional desde Grecia) y la «razón poética» se habría quedado en mera expresión errante. Muy nítidamente sigue usted el camino de la «Palabra» y claro está que en *Hacia un saber sobre el alma aletea* ya, mas lo que tuve irresistiblemente presente: «Yo soy el camino, la verdad y la vida», que creía yo que era cumplida expresión de la «razón vital», luego «histórica» y por último y escasamente, a mi parecer, «viviente». Mi desarrollo intelectual arrancó de la crítica que se me imponía de ella, en la que ya la superación del racionalismo estaba propuesta y a mi entender ya entonces en el acmé de Ortega, yo temblorosa estudiante, discípula, sí, como no dejaré nunca de considerarme.

Pese a esa admiración y aprecio que sentía María Zambrano por su maestro Ortega y Gasset, hay una radical diferencia de su método de investigación filosófica con el método seguido por su maestro.

Es cierto que aún en esta obra, *Hacia un saber sobre el alma*, no nos habla explícitamente de su nuevo método, pero ya nos lo anuncia en cierta manera cuando dice: «Era necesario topar con esta nueva revelación de la razón a cuya aurora asistimos como razón de toda la vida

del hombre» con el proyecto de «descubrir esas razones del corazón que el corazón mismo ha encontrado aprovechando su soledad y abandono».

Zambrano piensa que la filosofía de su época racionalista había caído en el delirio de la razón, por ello escribe: «Cuando se llega a la embriaguez del delirio se hace necesario despertar. [...] El despertar de la filosofía fue primeramente “entrar en razón”. Mas, cuando la razón se ha embriagado, el despertar es “entrar en realidad”, tal vez sea por el momento hacer memoria, hacer historia, recoger de las tribulaciones la experiencia».

Zambrano ve en la filosofía de su momento histórico un abandono y olvido de todo tipo de revelación. Escribe: «El racionalismo se alza, precisamente, en oposición contra la revelación, y en algunas de sus más extremas formas, hasta contra la humilde revelación diaria de la intuición». Por eso advierte que «la revelación a que sentimos estar asistiendo en los tiempos que corren es la del hombre en su vida», ya que, como ella misma afirma, «La pasión sola ahuyenta la verdad» y por otra parte «la sola razón no acierta a sorprender la caza», «pero pasión y razón unidas [...] puede[n] recoger sin menoscabo a la verdad desnuda», «verdad que se nos revela», y con ello alcanzamos una verdad que «el racionalismo, más que la razón, desconoce». Por ello nos dice que «era necesario topar con esta nueva revelación de la razón a cuya aurora asistimos». Revelación inspirada sin duda en el pensamiento de Aristóteles.

En el capítulo titulado «La destrucción de la filosofía en Nietzsche», Zambrano admite ese carácter «autonómico» que defiende su maestro Ortega, pero entendido

en otro contexto diferente. Nos dice: «La filosofía no admite principios encontrados por ninguna otra ciencia. Es un saber autónomo que se fundamenta a sí mismo, dice Aristóteles [...]. Tal exigencia envolvía la de darse a sí misma los principios de todos los demás saberes». Esos principios que expone Aristóteles en su *Filosofía primera* son principios intuitivos, que sirven de fundamento epistemológico para todo saber científico, a los que el Estagirita llama *Filosofía segunda*. Por ello podemos decir que para Aristóteles todos los científicos son «filósofos».

La verdad es que hasta su maestro Ortega y Gasset, que se consideraba a sí mismo como uno de los «últimos nietos de Descartes», cayó en la trampa. En su obra *¿Qué es filosofía?* Ortega afirma:

Es la filosofía una ciencia sin suposiciones. Entiendo por tal un sistema de verdades que se ha construido sin admitir como fundamento de él ninguna verdad que se da por probada fuera de ese sistema. No hay, pues, una admisión filosófica que el filósofo no tenga que forjar con sus propios medios. Es, pues, la filosofía ley intelectual de sí misma, es autónoma. [E insiste:] Comienza el filósofo por evacuar de creencias recibidas su espíritu, por convertirlo en una isla desierta de verdades. [Y más adelante:] Toda filosofía es paradójica. Se aparta de la opinión natural que usamos en la vida, porque considera como dudosas teóricamente creencias elementalísimas que vitalmente no nos parecen cuestionables¹.

1. Vid. Ortega y Gasset, José, *¿Qué es filosofía? y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, p. 101.

Eso es en definitiva un sinsentido, Aristóteles lo comprendió así y por ello introduce su filosofía con un tratado que él llama *Filosofía primera*, que posibilita a partir de unas verdades intuitivas la *episteme* o razonar filosófico y por ello define la filosofía como la síntesis de intuición y razonamiento (*nous kai episteme sophia*).

El proceso argumentativo y procesual de Ortega nos conduce a una fundamentación imposible. Contra la tendencia racionalista de desprenderse de toda razón que el filósofo no haya creado lleva al ser humano a la sinrazón. Zambrano escribe:

La naturaleza, la naturaleza entregada a sí misma espanta. Y el hombre, al quedarse en estado de naturaleza no se encuentra con la ley, ni con la paz. Su «naturaleza», cuando se desprende de los principios, se enmaraña, se vuelve ciegamente contra sí misma. El hombre «natural» no es esa criatura pacífica, amable y feliz sino el verdadero «monstruo de su laberinto»².

Por ello Zambrano afirma: «A la historia de *hechos* tendrá que suceder la historia de las esperanzas, la verdadera historia humana»³, porque «la razón se ha eclipsado, ha naufragado más bien, entre los hechos». Así, escribe Zambrano:

La esperanza es hambre de nacer del todo, de llevar a plenitud lo que solamente llevamos en proyecto. En este sen-

2. *Vid.* en la presente edición «El freudismo, testimonio del hombre actual», p. 161.

3. *Ibid.*, «Más sobre *La Ciudad de Dios*», p. 171.

tido, la esperanza es la substancia de nuestra vida, su último fondo [...]. Esperanza que da el carácter agónico a la vida humana, su ansia jamás satisfecha, su esfuerzo sin límite, pues ningún trabajo es suficiente para colmar esta esperanza que gime [...]. El hombre tiene un nacimiento incompleto. Por eso no ha podido jamás conformarse con vivir naturalmente y ha necesitado algo más, religión, filosofía, arte o ciencia⁴.

Zambrano argumenta: hemos de volver la vista al pasado, a los instantes que son nuestra raíz, que son todavía nuestro ayer para encontrar la esperanza perdida. Y el lugar donde la esperanza se ha refugiado de manera más confiada es en la utopía. La historia de las utopías, las alternativas de su vida y evolución, de su nacimiento y eclipse, es la historia más verídica de nuestra cultura de Occidente, de la «vieja Europa».

En los escritos posteriores María Zambrano va evolucionando en su método hasta alcanzar la expresión adecuada: «la razón poética». Sin duda razón, razón discursiva, *episteme* según la expresión aristotélica, pero al mismo tiempo «poética», esto es, razón creadora a partir de una intuición primaria, lo que Aristóteles llamó *nous*, que Zambrano expresa como «poética», porque además de intuitiva es creadora en virtud de una inspiración que la *poiesis* nos permite crear, una «utopía». «El género “utopía” –nos dice Zambrano– comenzó ya en su excelso origen con *La República* de Platón, siendo una armazón de razones. No por azar es Platón el que inaugura tal género,

4. *Ibid.*, «La vida en crisis», pp. 134-135.

él, el racionalizador de esperanzas»⁵. Entre esas esperanzas, además de

[...] las pruebas de la inmortalidad del alma ofrecidas en el *Fedón* –en que se racionaliza la esperanza, hasta entonces delirante, de perdurar más allá de la muerte–, en el *Banquete* se racionaliza otro delirio –sí acaso es otro–: el del amor, y en *La República* se hace razón otro ensueño: la perfección de la convivencia humana sobre la tierra, o dicho de otro modo, el establecimiento del «reino de la justicia»⁶.

Este ensueño es, según Zambrano, «el origen de la utopía, la esperanza sometida a razón», que pretende y busca el «Estado perfecto, aquel donde habita la justicia». Y continúa: «encuentra que para que tal cosa tenga lugar es preciso que la razón gobierne el mundo a través de sus mejores amantes, los filósofos». «Los filósofos» aquí tiene el sentido que dio a esta palabra Aristóteles como «los amantes del saber», esto es, los que no se conforman con un conocimiento infundado, sino fundado en razones, un conocimiento cierto.

Y Platón no encontró otro medio para que el filósofo, la extraña creatura arrebatada por la violencia hacia la luz, pudiese volver a habitar entre los hombres y verificar su conversión, que el edificar él mismo la ciudad, la ciudad de la justicia y de la razón⁷.

5. *Ibid.*, «Más sobre *La Ciudad de Dios*», pp. 172-173.

6. *Ibid.*, p. 173.

7. *Ibid.*, p. 174.

Aquí Zambrano trasciende la historia:

Ya el Estado no es Escuela sino [...] sociedad de evadidos de la «caverna» que huyen de ella y quieren vivir en la vida anticipando la muerte [...]. Los cristianos tendrán también sus catacumbas, sus cavernas donde convivir en espera de la ciudad definitiva y verdadera, la única cuya luz merecía ser contemplada, la «Ciudad de Dios» [...]. La Ciudad de Dios cristiana, donde se alojará la vida eterna, no es una utopía [...]. Es la esperanza desnuda, sin sometimiento a cosa alguna [...]. Es la esperanza que brota pura, porque ha encontrado su cauce apropiado, que no es el de la razón, sino el de la fe⁸.

Y así ese ideal trascendente ilumina el presente intramundano. «La Ciudad de Dios siempre en el horizonte de la historia, iluminándola, elevándola, haciéndola caminar humanamente. Pues lo humano se pone en marcha por virtud de algo más que humano.» «El mundo de la cultura occidental, en su forma europea –nos dice Zambrano– se ha mantenido merced al trasmundo, y a su tiempo ha tenido la profundidad de tener la eternidad como fondo.» Ésta es según Zambrano «la utopía esencial europea, el sueño de la Ciudad de Dios edificada sobre la oscura tierra»⁹.

En los últimos capítulos de este libro Zambrano recoge diversas publicaciones sobre los filósofos que le son con-

8. *Ibid.*, p. 175.

9. Todas las citas de este párrafo se refieren a «Más sobre *La Ciudad de Dios*», *vid.* pp. 171-178.

temporáneos o más próximos, como Nietzsche, del que nos dice que su «extremismo le hizo recorrer hasta el final el proceso de destrucción de la filosofía misma»¹⁰. En otro de esos artículos que recoge en esta obra hace un breve estudio de «La Escuela de Alejandría»¹¹, «renacida en el mismo ámbito espiritual que el cristianismo», pero que consigue «mantenerse fiel a la esencia de la filosofía en el límite mismo en que la filosofía deja de serlo para convertirse en religión». «Filosofía griega que comienza en Parménides y que a través de Sócrates asciende a su plenitud intelectual en Platón y a su máxima precisión en Aristóteles.»

En su artículo «Hoffmann: Descartes»¹² nos conduce al conocimiento «de cómo vivió en el mundo Renato Descartes». Y en el capítulo «Ante la *Introducción a la teoría de la ciencia*, de Fichte»¹³ nos «hace tomar conciencia de la necesidad que como hombre se tiene de pensar filosóficamente», porque en realidad «no se enseña filosofía, se enseña a filosofar». En el capítulo titulado «Un libro de ética»¹⁴ analiza «la entraña misma de la enseñanza filosófica, y, muy especialmente, a la enseñanza de la filosofía como una disciplina encajada en el plan general de la enseñanza del Estado».

Por fin, en el capítulo titulado «Descartes y Husserl»¹⁵ insiste, como condición indispensable de todo filósofo,

10. *Vid.* en la presente edición «La destrucción de la filosofía en Nietzsche», p. 179.

11. *Ibid.*, pp. 189-206.

12. *Ibid.*, pp. 211-216.

13. *Ibid.*, pp. 217-228.

14. *Ibid.*, pp. 229-234.

15. *Ibid.*, pp. 235-241.

en el «amor a la claridad, amor a la transparencia del pensamiento, que es la virtud formal de toda filosofía», y sugiere al profesor de filosofía que sólo prefiriendo a la par «las ideas y las personas, es decir, solamente estando lleno de amor por la claridad ideal y por su encarnación en la mente de cada hombre, se puede ser maestro».

Hacia un saber sobre el alma se convierte en un punto de arranque en la conciencia de María Zambrano de la originalidad de su filosofía. Ella que sintió siempre un venerable temor de contradecir y con ello de alguna manera minusvalorar a sus maestros, escribe por ello en esa advertencia que pone al comienzo del libro: el temor que siente, «y no el más leve ante el pensamiento viviente de mis maestros».

Ella reconoce en ese mismo lugar que ese temor se ha ido desvaneciendo ante la clara evidencia del claro pensamiento de su propio estilo de filosofar, de su retorno al método filosófico de Aristóteles, que, desde su primera tentación del abandono de la filosofía en sus tiempos de estudiante, le sirvió de guía segura para un filosofar correcto, porque, como dice en esa misma *Advertencia*, «sólo lo que no se ha podido dejar de querer, ni aun queriendo, nos pertenece».

Tuve la suerte de conectar con María Zambrano cuando me hice cargo del Departamento de Filosofía de la recién creada Universidad de Málaga en 1955, cuando buscaba temas para las tesis de Licenciatura y Doctorado de mis jóvenes alumnos investigadores. Me propuse actualizar con su investigación aquellos pensadores malagueños que habían destacado en la Filosofía a través de

la Historia. Así fue como descubrí a esta pensadora excepcional. El estudio de su pensamiento tan novedoso en un contexto filosófico tan mediocre en ese momento en España me cautivó de tal forma que me convertí en propagandista entusiasta de su filosofía.

Cuando entré en contacto con sus escritos en aquel ambiente anodino y carente de originalidad de la filosofía española, quedé enteramente impresionado y convencido de que la filosofía de la pensadora veleña abría un nuevo renacer de la reflexión filosófica española y universal.

En un artículo titulado «La filosofía desconocida de María Zambrano», publicado en el diario local *Sur* el 10 de diciembre de 1978, anuncié que al día siguiente un alumno, dirigido por mí, leería la primera tesis sobre María Zambrano. La elección del tema lo sugirió un artículo de Aranguren en el que éste escribía:

Si los escritores españoles no fuésemos tan duros y tan indiferentes los unos con los otros, si de verdad nos importara lo que los demás hacen por su valor objetivo y no para elogiarlos porque son amigos nuestros, o al revés, para denostarlos, porque no pertenecen a nuestro grupo, hace tiempo que alguien habría estudiado, como se merece, la obra de María Zambrano.

Propuse, de acuerdo con el catedrático de Literatura Cristóbal Cuevas, que se le dieran los primeros doctorados honoris causa de la Universidad de Málaga a Jorge Guillén, que había escogido Málaga como residencia de sus últimos años, y a María Zambrano, que había nacido

en la provincia de Málaga, los cuales eran a nuestro entender dos magníficos y destacados representantes de la cultura española reciente. Pero perdí la dirección del Departamento de Filosofía y el nuevo director se opuso abiertamente a que se diera esa distinción a María Zambrano, argumentando que tal filósofa –no estoy seguro que la considerara como tal– no figuraba en ninguna de las historias de la filosofía que entonces circulaban por nuestro país. Lo malo es que el rector le hizo caso.

Me vi obligado a comunicar a María Zambrano esta decisión rectoral, aunque le anunciaba por mi cuenta que era sólo una demora temporal. Recurrí entonces al Centro Asociado de la UNED de Málaga, del que formaba parte como tutor. El director incluyó en una reunión de tutores la petición al rector de la Universidad de Málaga de que corrigiera su decisión, pero no conseguí a favor de mi propuesta más votos que el del director y el mío. Mis compañeros tutores expresaron su total desconocimiento de la filósofa veleña y su extrañeza de que una mujer destacara como filósofa.

Yo protesté indignado en un artículo publicado en el diario *Sur* que titulé «Indignación y esperanza» (3 de junio de 1981), en el que consideraba absurdo e inexplicable que se le negara tal distinción a la filósofa veleña, pese a que la propuesta ya había sido aprobada por la Junta de la Facultad de Letras. Es curioso el hecho de que el mismo día en que se otorgaba tal distinción a Jorge Guillén se hacía pública la noticia del nombramiento del Premio Príncipe de Asturias para María Zambrano.

Bien es verdad que poco después un nuevo rector, José María Martín Delgado, le concedió el doctorado honoris

causa en una bella ceremonia celebrada en su propia casa de Madrid, el 23 de marzo de 1987, ceremonia en la que yo actué de padrino e hice la *laudatio*.

Para conseguir mi proyecto del doctorado honoris causa para María Zambrano, al no recibir el apoyo necesario, me vi forzado a recurrir a amigos e instituciones de la provincia. Entre éstas me pareció oportuno recurrir al Ayuntamiento de su ciudad natal, Vélez-Málaga, y el 27 de mayo de ese año el alcalde escribe al rector solicitando también semejante distinción para María Zambrano.

Ese primer alcalde elegido democráticamente en aquella ciudad me acogió con interés y cariño. Yo le hablé no sólo de mi propuesta del doctorado, sino de la categoría intelectual de la filósofa veleña y de la miseria económica en que en ese momento se encontraba. Le referí cómo el filósofo francés Alain Guy, en su obra *Les philosophes espagnols d'hier et d'aujourd'hui* de 1956, ya la incluía entre los filósofos españoles más importantes. «On peu dire toutefois –escribe Alain– que son personnalisme idéniabile (qui cite perfois Emmanuel Mounier) se rattache expresément à la tradición hispanique: hostile au naturalisme comme à l'intellectualisme, il vise à prologuer l'ortéguisme dans le sens d'une plus grande ouverture à la transcendance y a l'introspección integrales.» Estas palabras de Alain Guy describen con precisión y exactitud el auténtico significado e importancia de María Zambrano.

Ya en 1975 di yo una conferencia en el Ateneo de Málaga sobre su pensamiento. En la III Semana Andaluza de Filosofía, organizada por la Sociedad Andaluza de Filosofía, de la que yo era vicepresidente, celebrada en

Córdoba en el mes de abril de ese año, se decidió recurrir a todos los medios para conseguir su vuelta a España y en su propuesta el Gobierno Preautonómico Andalus escribió a las cinco universidades entonces existentes en Andalucía, sugiriéndoles que se dirigieran al Ministerio de Educación para solicitar el nombramiento de María Zambrano como catedrática extraordinaria de la Universidad.

Mi primer contacto con ella fue epistolar, y pronto se convirtió en una fluida relación de amistad y de intercambio de ideas. Fue justamente Antonio Doblas, al que yo había designado para su estudio en vistas a su tesis, el primero en contactar con ella y hablarle de mí como su director de doctorado e incluso le remitió varias publicaciones mías.

En carta que María Zambrano le escribe desde Ferney-Voltaire con fecha 11 de enero de 1979, le dice entre otras cosas:

Hable de todo esto que le digo con su maestro Juan Fernando Ortega y léale esta carta, toda ella, si le parece. De la lectura de sus artículos he sacado una muy buena impresión: serio y culto, fino y ajustado. Cuánta alegría al pensar que hay profesores así en esas aulas. Mas es eso justamente lo que quieren impedir: que de nuevo se establezca la inteligencia, esas criaturas de pesadilla que vuelven ahora con renovados ímpetus y aleccionados por el susto de que se les pueda ir de las manos lo que tan agarrado tenían, hasta creer que estábamos todos los que servimos a la verdad peor que muertos, muertos sin resurrección posible.

La alusión de María Zambrano hacía referencia a los profesores que se opusieron a mi propuesta de designarla doctora honoris causa.

En el artículo «La filosofía desconocida de María Zambrano» (10 de diciembre de 1978) escribía yo: «Quien se adentra en su estudio queda fascinado irresistiblemente por la erudición de esta mujer admirable, por su valiente y original enfoque de la filosofía, por su pluma ágil, sugestiva y brillante».

En estas fechas el grado de desconocimiento de esta autora en nuestro país se muestra bien claro en la carta que dirige José Luis Estrada Segalerva, por entonces delegado de Hacienda de Málaga (con fecha 19 de diciembre de 1970) al alcalde de Vélez-Málaga, donde le dice:

¿Me puede Vd. dar alguna noticia sobre una señora nacida en Vélez-Málaga, escritora y filósofa, que se llama María Zambrano? Por las noticias que tengo de los varios libros que ha publicado, pienso que quizás viva aún y en esa ciudad puedan facilitarme la dirección para establecer con ella contacto, ya que, como escritora, quiero incluirla en un libro que en este sentido estoy preparando.

El alcalde de la ciudad, D. Alfonso López Moreno, consulta con sus vecinos y le contesta:

D. Blas Zambrano, esposo de Dña. Araceli, los dos maestros de 1ª enseñanza, fue muy conocido en esta [...] Pero de su hija María nadie recuerda nada. Las costumbres de los primeros de siglo no facilitaron el conocimiento de los hijos por

los amigos de la casa. Eran oriundos de Almería y allá irían por los años 1921-1923.

El 19 de enero de 1981 escribí a María Zambrano en nombre de la Sociedad Andaluza de Filosofía, invitándola a clausurar la III Semana Andaluza de Filosofía, que se celebró en Córdoba del 19 al 22 de mayo de ese año. El 7 de febrero me contestó en una bella carta agradeciendo la invitación, pero excusando su no aceptación por razones de salud. «Entre todas las invitaciones que recibo para ir a España –escribe– es, creo, la que más me ha llegado al corazón y por tanto la que mayor dolor me produce no poder aceptar.» En ese Congreso se decidió pedir al Gobierno de la nación que se le nombrara catedrática extraordinaria de la Universidad. En las Jornadas siguientes, celebradas en Huelva, también la invitamos, pero ella desistió por razones de salud. «Pero me causa gran pena –escribe– no poder asistir.» Me enviaba un texto titulado «Acerca del método. La balanza», que fue leído en la sesión de clausura.

El año 1981 es clave en el reconocimiento en España de María Zambrano. A partir de la concesión del Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades los medios empiezan a interesarse por la pensadora velehña. El 13 de junio Zambrano aparece por partida doble ante la opinión pública: el suplemento cultural *Sábado Literario*, del diario *Pueblo*, está dedicado a ella. Ese mismo día Radio Nacional ofrece una larga entrevista de ella con el poeta J. M. Ullán. En ese mismo año *Cuadernos del Norte* le dedica un número especial y el Ayuntamiento de su ciudad la nombra hija predilecta.